

ALCANCE INTERNACIONAL DE LAS RECIENTES ELECCIONES ALEMANAS

Se ha dicho, no sin motivo, que uno de los más perceptibles achaques del actual mundo postbélico radica en el episodismo al que parece irremediablemente vinculado. Tal inclinación, constante y perceptible, no debe considerarse como síntoma específico; antes bien, es eco de otra afección, de la cual resulta ser auténtica metástasis. Dicha propensión viene engendrada por la incapacidad del mundo actual para predecir su futuro, incluso para anticipar aquello que pueda acontecer en fecha inmediata. Todo lo cual explica satisfactoriamente el porqué de un anhelo postbélico: prender las esperanzas de una posible y deseable estabilización en un hecho próximo, de epílogo incierto, al cual incluso se le atribuye la condición de *test* más o menos orientador.

No es otra la significación que se intentó asignar a las recientes elecciones parlamentarias celebradas en la Alemania federal el 6 de septiembre último. Se confiaba en que, conocido el epílogo electoral, acaso sería posible eliminar o, por lo menos, atenuar el problema pendiente de solución en el corazón de Europa y referente al destino cierto de la Alemania postbélica. Lo que el ciudadano alemán decida —se afirmaba antes de ser realidad esos comicios— puede influir de manera decisiva en el epílogo del inquietante pleito, engendrado por la actual división de Alemania, bien en el sentido de posibilitar, a largo plazo, el restablecimiento de la unidad alemana, ya, a *contrario*, inducir que el problema de la reunificación germánica carece de próxima solución, ya que no revestiría la condición de tal el que Rusia, después del 6 de septiembre, reaccionase en el sentido de convertir, mediante anexión impuesta a la Alemania oriental, en nuevo Estado satélite, llevando hasta el Elba lo que pudiera denominarse frontera prosoviética de la U. R. S. S. Precisamente el afán de interinidad y el terror a lo decisivo explican por qué causa muchos estimaban experiencia peligrosa el asignar alcance dilemático a las elecciones del 6 de septiembre. Quienes optaban por asirse al sistema del diferimiento ignoraban, al parecer, que los problemas postbélicos no maduran, como la fruta, por el mero transcurso del tiempo; antes bien, por ser portadores de inquietantes factores de par-

plejidad se agravan en la misma proporción en que se aspira a lograr su diferimiento y apartarlos del camino que puede conducirlos a su fase epilógica y decisoria.

En principio, ni nos extraña ni nos sorprende esa tendencia a considerar las pasadas elecciones germánicas como posible experiencia aclaratoria de la actual situación confusa del mundo postbélico. Por el contrario, la inclinación a considerar como *tests* esas experiencias electorales viene reiterándose en el seno del llamado mundo libre, regido por sistemas más o menos genuinamente democráticos. Refiriéndonos a experiencias próximas, recordemos cómo en los días que antecedieron a las elecciones presidenciales norteamericanas, del pasado mes de noviembre, de modo tácito se convino en mantener en la inacción cuantos problemas estaban pendientes de epílogo. Lo propio sucedió en vísperas de celebrarse las elecciones generales italianas. Ambas experiencias, consumadas, no han aportado nuevos elementos de esclarecimiento respecto de los problemas internacionales pendientes. Si ahora, pese a la ineficacia de las anteriores experiencias, se prendía tanta posibilidad decisoria en el resultado de las elecciones alemanas, ello no debe extrañarnos, por cuanto Alemania, por la situación *sui generis* en que se encuentra, dividida en dos zonas y con fronteras inciertas, constituye acaso, de todos los problemas pendientes de solución, el más complejo y el más grave e incluso el más decisivo.

No se ha valorado debidamente hasta el presente lo que representan esos altos en el camino, realizados en vísperas electorales, en el sentido de fortalecer la posición dialéctica de los esgrimidores del sistema de la guerra fría. Ni se ha tenido en cuenta lo que ello favorece a Rusia, para la cual la perplejidad imperante en el mundo libre constituye su auténtica bomba de hidrógeno, y todo lo que contribuya a prolongarla e incluso a incrementarla enriquece el clima psicológico que tanto favorece la preeminencia dialéctica rusa. Porque este achaque de interinidad preelectoral es afección específica de los pueblos pertenecientes al mundo libre. Esa incógnita preelectoral no se presenta ni en Rusia ni en los países por ella satelitizados, por cuanto allí las sedicentes elecciones, lejos de constituir una incógnita, se traducen en resultados pronosticables, que no son más que una ratificación, impuesta, del sistema político imperante en esas inmensas tierras eurásicas.

No sólo lo que antecede ha de ser tenido muy en cuenta, sino que habremos de prestar atención a otro hecho, acaso aun más relevante, éste generado en el seno del llamado mundo libre. Nos referimos a lo siguiente: el que se preste tal carácter decisorio y esclarecedor a unas elecciones generales implícitamente significa que quienes prenden tantas esperanzas en lo que decide el elector con el alma de su papeleta, parten de un supuesto indemostrado y seguramente indemostrable; a saber: que el elector tiene clara conciencia de cuál debe ser su reacción ante la consulta a la cual se le somete. En todo tiempo la masa electoral ha carecido de poder diferenciador.

sobre todo tratándose de problemas tan intrincados como el que ahora se plantea al alemán de la zona occidental. Por ello, el sufragista propende a escuchar lo que le esclarecen sus elementos dirigentes. Ello no puede ser realidad en los instantes presentes, habida cuenta de que aquellos hombres públicos sobre cuyos hombros ha caído la grave misión de orientar al país en lo que respecta a cuál pueda ser la política internacional posibélica, no saben exactamente hacia dónde encaminan sus pasos y si esa desorientación es perceptible en las minorías dirigentes, mucho más acentuada será la perplejidad del hombre de la calle, al cual no puede exigírsele una capacidad decisoria que no es realidad en los medios dirigentes gubernamentales.

Para que el lector de estos CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL pueda orientarse convenientemente respecto a lo que significa el resultado de las recientes elecciones alemanas, estimamos preciso referirnos, de modo escueto, a lo que son características de la ley electoral, estrenada en estas elecciones. La ley electoral alemana vigente es compleja y persigue, ante todo, una finalidad: reagregar las fuerzas políticas en un número reducido de partidos, poniendo así fin a la precedente proliferación de entidades políticas en la Alemania occidental. La elección se realiza en dos tiempos, votando cada elector, primero, en un colegio, en forma uninominal; después, en una lista de partido. De ese modo plural han sido elegidos los 484 diputados que componen el nuevo Bundestag, de los cuales 242 son designados en votación uninominal y los otros 242 en votación de lista de partido. No existen en la actualidad grandes partidos políticos en Alemania, como sucede en los Estados Unidos. Por el número de afiliados, los partidos principales son: social-demócratas, demócratas-cristianos, liberales, alemanes, centro, bábaro y el partido de los prófugos. Para lograr la eliminación de las pequeñas fracciones políticas, la vigente ley electoral preceptúa que el partido que no haya obtenido, por lo menos, el 5 por 100 de los sufragios emitidos, carecerá de representación en el nuevo Bundestag. De esa especie de excomunión lanzada contra las minúsculas fracciones pueden éstas evadirse si, tras lograr el triunfo de su candidato en las elecciones de tipo unipersonal, suman a ella los votos de la lista general, y si éstos rebasan el 5 por 100 el ostracismo político no se producirá. En realidad, las elecciones, realizadas con arreglo a la presente ley, pueden deparar la sorpresa de que ninguna de las fracciones políticas en lucha obtenga una mayoría relativa (más del 50 por 100 del total de los sufragios). En ese caso entran en función lo que pudiéramos denominar manipulaciones electorales, ya que si un partido X obtiene el 45 por 100 de los votos emitidos y las fracciones II e I colectan, respectivamente, el 50 y el 20 por 100, pueden estas últimas totalizar sus votos, situándose así en condiciones de encarnar la mayoría y de regir los destinos de Alemania en tanto dure la vigencia del Bundestag, elegido el día 6 de septiembre.

Hasta aquí hemos enfocado el problema ateniéndonos a lo que pudiera denominarse su significación en el orden puramente doméstico; mas la ex-

posición pecaría de incompleta si no aludiéramos a la significación de tales elecciones en el orden internacional, cuestión ésta de enorme relevancia. A tal objeto estimamos indicado aludir sucesivamente a la posición rusa respecto de lo que esos comicios representaban para la posición de la Unión Soviética, a las tesis sostenidas por los representantes de los dos grandes partidos políticos alemanes (el social-demócrata y el demócrata-cristiano) y al problema de las fronteras orientales, de lo que puede ser y tendrá que ser en su día la Alemania reunificada.

El 22 de agosto signábase en Moscú el acuerdo germano-soviético, que a la vez encerraba, como propósitos finalistas, el malograr todo intento de reunificación europea, articulado en torno de la Comunidad Europea de Defensa, y el malograr lo que entonces se consideraba como temido éxito electoral del Canciller Adenauer. En el fondo de estas maniobras soviéticas, lo que se persigue es lograr la instauración de una Alemania totalitaria, prosoviética, nacionalista y, hasta donde sea posible, claramente anti-europea. Tal desenlace constituiría el último capítulo de aquella inclinación, cuyo prólogo fuera escrito por Stalin cuando, en 1949, dirigía un mensaje a W. Pieck, al instaurar la Alemania comunizada del Este, como réplica a la Alemania de Bonn. La tesis rusa, con vistas al resultado electoral del 6 de septiembre, es altamente peligrosa. Malenkov especulaba grandemente con la devolución de las centenas de millares de prisioneros alemanes, sometidos a una más o menos acentuada esclavitud en la inmensidad de la U. R. S. S. Como precio a esa devolución señalaba Malenkov la terrible condición de la unificación territorial de Alemania al precio de la pérdida de su libertad política. Daba a entender Rusia, al propio tiempo, que si Adenauer triunfaba en las elecciones del mes de septiembre, lo cual, según la interpretación rusa, implica la irremediabilidad del ingreso de la Alemania occidental en la Comunidad Europea de Defensa, se replicara con la anexión pura, simple y definitiva de la Alemania oriental a la U. R. S. S. Malenkov teme al renacimiento del militarismo alemán, una vez que la Alemania federal pase a nutrir el proyectado Ejército europeo. Churchill, con innegable habilidad política, quiso injertarse en el terreno dialéctico de Malenkov, ofreciendo a la U. R. S. S. un pacto de garantía que aquietase esas inquietudes. El ademán de Churchill no es sorprendente si se tiene en cuenta que ya Norteamérica, en 1947, había propuesto la firma de un tratado de garantía contra una posible agresión alemana, con la doble condición de concluir una paz generosa con Alemania y el establecimiento de un Gobierno confederal, sugerencia rechazada por la U. R. S. S., que replicaba pidiendo el desmantelamiento industrial de Alemania y el control internacional del Ruhr con la participación moscovita. Esas condiciones no podían ser aceptadas por cuanto ello implicaría la consecuencia de que las fronteras rusas virtualmente se correrían del Elba al Rhin; de ese modo, si se hacía frente a una posible recidiva del militarismo alemán, en realidad a lo que se llegaría sería a un temible incremento de la hegemonía rusa en el

continente europeo. Al propio tiempo, las naciones occidentales ni podían aceptar entonces ni reconocer ahora la posibilidad de que la reunificación alemana se realizase mediante negociaciones entabladas entre los Gobiernos alemanes del Este y del Oeste, ya que se recusa al primero como auténtico representante de la Alemania oriental y se requiere, como explicable condición *sine qua non*, la celebración de elecciones, auténticamente libres, en toda la Alemania. Ahora bien, el cumplimiento de esta condición exigía como complemento necesario el determinar qué es lo que había de entenderse por Alemania y si de la misma habían de formar parte los territorios incluidos en la actual línea Oder-Neisse, problema este último que, como veremos seguidamente, también fué ampliamente debatido en el período preelectoral alemán.

Como ya hicimos notar en un precedente trabajo, publicado en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, Churchill, el 11 de mayo, sugirió la firma de un acuerdo, en el cual pudiese darse plural satisfacción, tanto a los anhelos de seguridad de Rusia, cuanto a los de la Europa occidental. A tal objeto propugna la conclusión de una especie de nuevo Locarno. Esta iniciativa de Churchill, no por medio indirecto, menos cierto, plantea un problema complejo y hasta peligroso: determinar qué es lo que territorialmente se garantiza a Rusia, y con sólo enunciar esta cuestión establecese contacto con otra: la relativa a la frontera Oder-Neisse. He ahí lo que ha sido *tabú* hasta el presente. No mencionan este problema los occidentales, ya que si, *de facto*, asintieron a ese trazado fronterizo, a virtud de los acuerdos de Potsdam, *de iure* se resisten a su aprobación, oposición explicable, ya que en otro caso sancionarían, en beneficio de Rusia, el sistema de los hechos consumados, y de otro, tal asentimiento llevaría la desilusión a los pueblos satelizados y extinguiría todo propósito de resistencia. Tampoco los alemanes mencionan el problema de la citada frontera del Este, silencio que no debe interpretarse en modo alguno como asentimiento, ya que ese mutismo descansa en la consideración de que a todo debe anteponerse la idea de la reunificación alemana, y después será llegado el momento de plantear el problema, concerniente a esas tierras alemanas irredentas. Así enfocado el problema, tendría razón de ser la firma de un nuevo Locarno y araso se reactualizarían aquellas palabras pronunciadas por Aussen Chamberlain en marzo de 1925: "Alemania está dispuesta a declarar que abandona la idea de modificar las fronteras orientales por medio de la fuerza. Pero no renuncia a la esperanza de que más tarde pueda lograr la modificación de esas fronteras mediante negociaciones amistosas, por vía diplomática o por el recurso a los buenos oficios de la Sociedad de las Naciones". De ahí una tesis insistentemente aducida: 1.º Las propuestas a Rusia deben ser presentadas por un Gobierno fuerte de la Alemania occidental. 2.º El nuevo tratado de Locarno debe ser puesto en ejecución una vez resueltos previamente los otros problemas

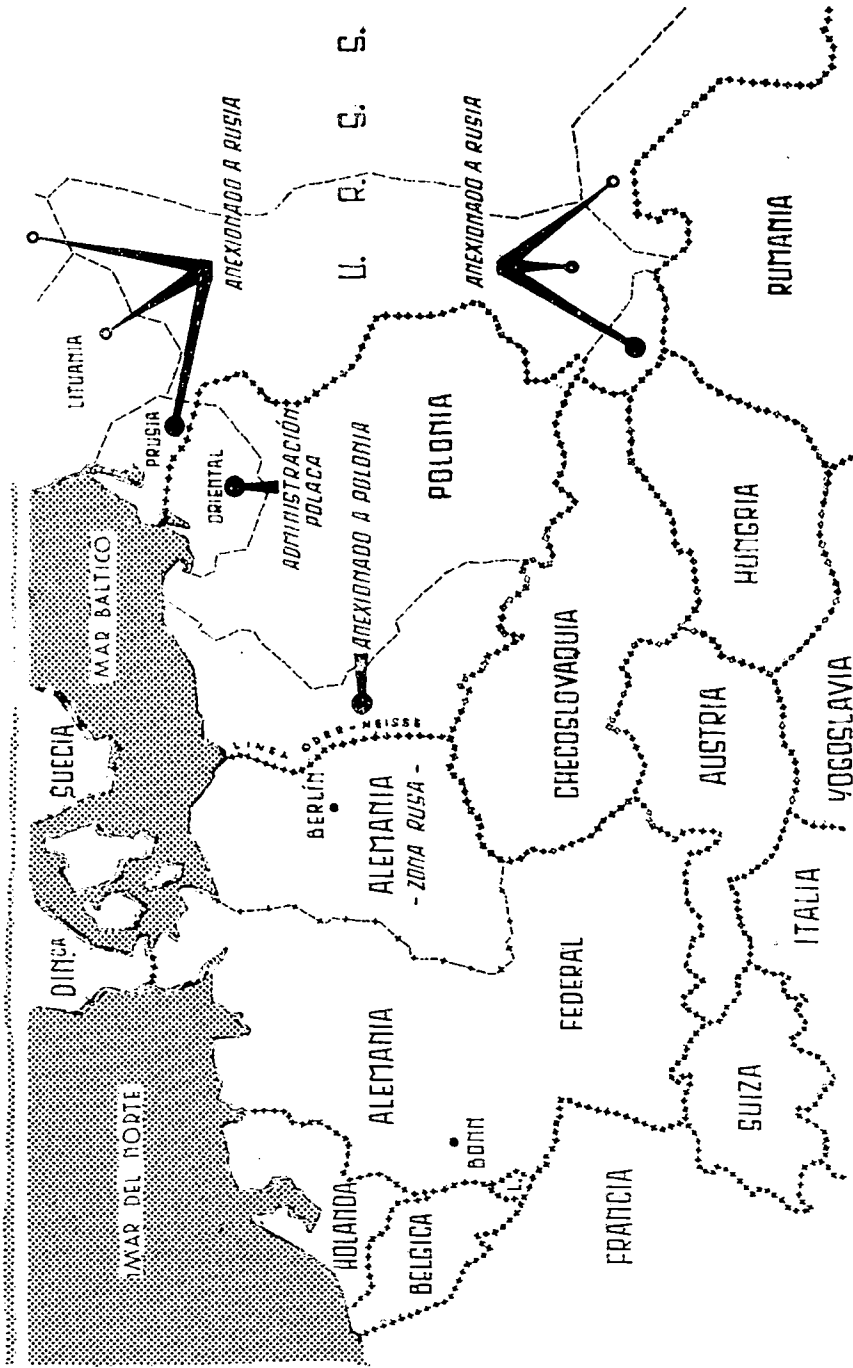
(reunificación de Alemania mediante la celebración de elecciones auténticamente libres en las dos zonas de Alemania). 3.º El propugnado Locarno debe ser desligado de los anteriores problemas.

Como el lector puede inducir de lo anteriormente expuesto, se barajan aquí una serie de medidas que se consideran como condiciones *sine qua non* para la solución del problema germánico: tratado de paz con Alemania, reunificación del país y elecciones libres. En torno a estos problemas se exteriorizan las discrepancias entre el Este y el Oeste. La tesis rusa consiste en propugnar, primero, la conclusión de un tratado de paz, y, una vez alcanzado ese objetivo, sería cuestión de pensar en la celebración de elecciones libres para proceder a la reunificación de Alemania. Tal exigencia resulta inaceptable por cuanto ni los aliados, ni menos aun la Alemania Federal (en este extremo están de pleno acuerdo demócratas-cristianos y social-demócratas), se muestran propicios a considerar como representante genuino de la Alemania Oriental a un Gobierno allí instalado por Rusia, y cuyo perfil satelitizante está fuera de toda duda. Así, una vez Alemania reunificada, tras la celebración de elecciones indiscutiblemente libres, sería la nueva Alemania la que decidiese sobre el modo de solucionar el problema de la frontera Oder-Neisse. Si el Gobierno auténtico representante de la Alemania unificada accediese a reconocer esa línea fronteriza, el problema se consideraría resuelto; pero si, como es presumible, dicho Gobierno no se resigna con la mutilación de su territorio, entonces es cuando podría entrar en función el propugnado neolocarnismo, ya que entonces la cuestión se plantearía formando parte integrante Alemania del dispositivo defensivo del mundo occidental.

Como complemento de los medios de orientación que ofrecemos al lector de estos CUADERNOS, resta referirse a cuál era la posición dialéctica de los dos grandes partidos alemanes (el social-demócrata y el demócrata-cristiano) en los días que antecedieron a las elecciones generales en la Alemania occidental.

Anotemos, ante todo, lo que pudiera parecer a primera vista sorprendente: el canciller Adenauer encarna la tesis que pudiéramos denominar internacionalista o europeizante; en contraste, los social-demócratas se muestran más inclinados a sostener un punto de vista nacionalista y arguyen que si fracasó la Alemania de Weimar, ello debe atribuirse a la circunstancia de su exagerado internacionalismo. Los social-demócratas son opuestos a la idea de la *pequeña Europa* (ta integrada por Alemania occidental, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo), ya que consideran que tanto el Tratado instituyendo la Comunidad Europea de Defensa, cuanto el pool del carbón y del acero, tienden sencillamente a mantener a Alemania bajo el dominio extranjero. Consideran que al Tratado de la Comunidad Europea de Defensa debe reputarse como un cadáver insepulto, ya que hasta el presente el único país que lo validó fue Holanda; y si bien es cierto que obtuvo la aprobación del Bundestag y del Bundes-

EL PROBLEMA DE LA REUNIFICACIÓN DE ALEMANIA



rat, no debe olvidarse que está aún pendiente de solución el problema de la constitucionalidad de dicho tratado, sobre cuyo extremo habrá de pronunciar la última palabra el Tribunal constitucional de Karlsruhe. Niegan los social-demócratas que la supuesta dulcificación de la actitud rusa en la Alemania ocupada, a raíz de los movimientos de rebelión registrados, debe atribuirse a la circunstancia de que haya aumentado la fortaleza del mundo occidental, sino a pesar de que no se incrementó. Alegan los social-demócratas, además, que si Alemania se uniese a la Comunidad defensiva europea, Rusia no tendría ningún interés en la reunificación de Alemania, sino en la instauración de una Alemania neutral, al margen de la "guerra fría".

Los social-demócratas no parece que hayan tenido mucho acierto en el modo de construir su andamiada argumental, y puede decirse que Ollenhauer no hace otra cosa que galvanizar argumentos que habían sido esgrimidos reiteradamente por el doctor Schumacher, cuya ausencia de las filas de la social-democracia alemana ha dejado un enorme vacío que aun no ha sido colmado.

El canciller Adenauer parece pisar terrenos más dialécticamente firmes. Veamos cuál es su base argumental. El canciller considera que la Unión Soviética ha desencadenado una furiosa *ofensiva de paz* con el objeto de torpedear la integración de Europa; Europa sólo puede sobrevivir si se une, y la integración europea no puede ser realidad sin la participación de Alemania. Rusia, según Adenauer, lo que persigue es el logro del aislamiento alemán para después proceder a su neutralización. Alemania, neutralizada, significaría el fin de la *guerra fría*, ya que Rusia habría triunfado en toda la línea. Después, Alemania y los otros países europeos de Occidente caerían bajo el influjo de la U. R. S. S., especialmente Francia e Italia, donde existen poderosos partidos comunistas que servirían a Rusia para realizar, con pleno éxito, la experiencia del caballo de Troya. "Si Rusia —dice Adenauer— teme efectivamente al posible renacimiento del militarismo alemán, debería pedir que fuese ratificado inmediatamente el tratado de la Comunidad Europea de Defensa, que limita el potencial bélico de Alemania, tanto en lo que atañe a los efectivos de sus fuerzas armadas como al armamento. Para el canciller alemán resulta evidente que los Estados Unidos ligan su política internacional, en lo que concierne al Viejo Mundo, a la integración europea, y si ésta se malograra probablemente Nortamérica se vería en la precisión de alterar la orientación de su política internacional, lo que depararía una magnífica coyuntura para la reaparición del aislacionismo e incluso del abandonismo. Ello explica que los rusos encanen toda su acción, en el presente, al malogro de la integración europea.

La insistente alegación de Rusia, a virtud de la cual todo cuanto se negocie ha de hacerse sobre la condición *sine qua non* de la vigencia de los acuerdos de Potsdam, la considera Adenauer desprovista de consis-

tencia por cuanto dichos acuerdos han sido vitalmente afectados por los concluidos en Bonn en mayo de 1952, no sólo porque estos últimos difieren de los potsdámicos, sino porque los contradicen. En Potsdam se había convenido que sería dictada la paz a Alemania y se le prohibía aliarse con los países respecto de los cuales había actuado como beligerante y enemigo. Por el contrario, los acuerdos de Bonn, de mayo de 1952, establecen que Alemania puede negociar libremente un tratado de paz y le es dable pactar incondicionalmente alianzas con quien ella estimase oportuno. Finalmente, en lo que atañe específicamente a las elecciones del 6 de septiembre, Adenauer considera que es irreductible la oposición entre social-demócratas y demócrata-cristianos, por lo cual no puede pensarse en la constitución de un Gobierno que coaligüe a esas dos grandes fracciones políticas, y que del resultado de las elecciones depende el que continúe rigiendo los destinos de Alemania la actual coalición gubernamental.

Hemos expuesto, con la posible objetividad, los puntos de vista respaldados, respectivamente, por Adenauer y por sus adversarios políticos, y del examen ofrecido parece lícito deducir que la tesis de Adenauer es más constructiva y aun pudiéramos decir más posibilista que la social-demócrata, ya que éstos, empujados por su propia lógica, parecen condenados a desenlazar en la constitución de una Alemania neutral, epílogo que estimamos contradice abiertamente todo lo que hay de inevitable protagonismo en Alemania. El *slogan* "Ohne Uns" parece desactualizado en historia, y su poco probable reactualización sólo serviría a los designios rusos, que de ese modo lograrían torpedear de modo irremediable la causa de la integración de Europa, obteniendo así la U. R. S. S. un pleno éxito en sus designios, alimentados por la dialéctica de la guerra fría.

Las precedentes líneas fueron escritas cuando desconocíamos totalmente el resultado de las elecciones celebradas en la Alemania Federal. Sólo así pueden contener esas aclaraciones carácter objetivo, ya que en otro caso nos hubiera sido muy fácil —pero ello dialécticamente resultaría improbable— el haber redactado tales comentarios con malicia evidente.

Ahora, conocido el epílogo electoral alemán, es llegado el momento de consignar aquí algunas apostillas, encaminadas a esclarecer cuál es el significado que porta ese impresionante triunfo obtenido por el partido del canciller Konrad Adenauer.

El líder del partido demócrata-cristiano, aparte su indiscutible prohibición política, se nos ha mostrado como experto captador de lo que el destino próximo ofrecía a su nación, como coyuntura propicia. En este sentido, el líder de una Alemania vencida en 1945 acaba de obtener un éxito de consecuencias incalculables. El acierto de Adenauer ha consistido, a nuestro entender, en conjugar dos finalidades, proveyéndolas de carácter complementario: de un lado, aceptar el reto ruso, desafío de una enorme torpeza, ya que al declarar la guerra sin cuartel al canciller Adenauer lo convertía, irremediablemente, en símbolo específico de una Alemania que

aspira a reinstalar su merecido protagonismo en el campo de la dinámica internacional europea. Al propio tiempo Adenauer ha tenido el indiscutible acierto de desdenar y, aun más, condenar aquellas increíbles inclinaciones neutralistas que los social-demócratas vincularon a su programa electoral. Aparentemente, los social-demócratas querían encarnar la tesis de la gran Europa, y por ello condenaban cuanto implicase fortalecimiento de la denominada pequeña Europa o Europa séxtuple. Adenauer, con más exacta visión, percibía adecuadamente que la Europa séxtuple podría convertirse en base nuclear de una Europa reunificada. Es lo que ignoraban los social-demócratas, víctimas irremediables de una contradicción tan manifiesta como lo era el querer encarnar el nacionalismo frente al reprochado europeísmo de Adenauer, sin darse cuenta de que procediendo así y persiguiendo el apartamiento de Alemania del dilema Este-Oeste, en realidad no hacían otra cosa que trabajar en favor de la U. R. S. S., facilitando la construcción de una Alemania neutralista, antieuropea y, consiguientemente, prosoviética; y si decían intentar liberarse del dilema Este-Oeste, no percibían que, en realidad, no hacían otra cosa que posibilitarlo y prolongarlo indefinidamente, al situar entre Rusia y el mundo occidental una Alemania neutral y, como tal, inerte.

Adenauer, además, se producía con arreglo a un criterio de innegable lógica. La tesis del canciller parece incontrovertible en tal sentido. De un lado, el viejo mundo no puede marcar ni atenuar el inquietante desequilibrio postbélico, producido en beneficio de Rusia, sin el logro previo de la integración europea; y como ésta resultaría impracticable sin la cooperación alemana, parece incuestionable que no es posible alcanzar la integración de Europa sin la previa unificación de Alemania. Toda esta construcción dialéctica contrastaba, de modo evidente y aleccionador, con aquella inclinación flúida y sospechosamente filosoviética encarnada en los sectores neutralistas de Europa, inclinación hacia el desestimiento, que encubría una nostalgia de dirigismo francés, cifrada en un posible objetivo de apaciguamiento, entre el Este y el Oeste.

Donde, sin duda posible, habrá causado más honda sensación la impresionante victoria de Adenauer es en los medios políticos franceses. Para muchos, más obcecados que miopes, parecía evidente que el Tratado instituyendo la Comunidad Europea de Defensa debía considerarse como un cadáver insepulto —según aseveraba el líder social-demócrata Ollenhauer—, ya que sólo había sido ratificado por Holanda. Esa resistencia a la aprobación de dicho Pacto debe atribuirse a influencia de la posición francesa, que, con sus famosos protocolos adicionales, más que perfeccionar un pacto, lo que trataban era, en esencia, de torpedearlo. Concurría en el sentido de fortalecer esa tesis el ocaso de los otros dos europeístas como Schuman y De Gasperi. Si a esa ausencia se agregaba el ocaso de Adenauer, los neutralistas podían cantar victoria. Pero son malos compañeros dialécticos, de un lado, el complejo de inferioridad, y de otro, el

afán de galvanizar un protagonismo, impracticable por su notorio contenido anacrónico. Así aconteció que la derrota de los neutralistas, alcanzada por medio de la voluntad clara y manifiesta del elector alemán, implica una relevante consecuencia: el encarnar hoy Alemania, en la persona de Adenauer, el máximo protagonismo de la Europa occidental. Nadie puede regatear al canciller alemán esa característica. Así Alemania, de modo incruento, acaba de ganar acaso la batalla más decisiva de toda su historia, demostrando al mundo que aspira a instalar su unidad, a recobrar su merecido protagonismo, todo ello realizado de modo pacífico. Resulta ser tan claro, limpio e irrefutable el triunfo de Adenauer, que los argumentos del otro lado del "telón de acero" no pudieron oponer al epílogo electoral alemán más que reparos deleznable, no, sin duda, porque les falte habilidad dialéctica, sino por no encontrar base sobre qué asentar sus objeciones.

El éxito de Adenauer no sólo alcanza eco europeo, sino ecuménico. De modo especial en los Estados Unidos de Norteamérica. En Washington, con notoria insistencia, se ha reprochado a la Europa occidental su municipalismo o parroquialismo, que desde esta orilla del Atlántico se consideraba como prueba manifiesta de que Europa parecía oponer obstáculos a lo que debía ser su específico destino. Tal reproche fuera formulado de buena fe por los norteamericanos que denominaríamos europeos, pero la objeción verosímilmente había de ser explotada por los aislacionistas de Washington, renovando su famosa tesis de que Norteamérica debe abandonar el corazón de Europa, instalarse en la zona periférica y admitir como inevitable la invasión rusa, frente a la cual no restaba más recurso que el de una nueva y espantosa liberación de una Europa nuevamente ocupada por el enemigo. En ese sentido la victoria de Alemania implica una derrota para los neutralistas norteamericanos y fortalece, en la misma proporción, la posición dialéctica de los que en Estados Unidos quieren cooperar con Europa. A este propósito conviene hacerse cargo de algo que ha sido perceptiblemente reiterado en los días preelectorales. Aludimos a la posible "americanización" de Europa como resultado del triunfo alcanzado por el doctor Adenauer.

Que Norteamérica muestre interés creciente por la causa de la integración europea es perfectamente explicable, ya que desde estas tierras nórdicas se considera que si la grandeza actual de los Estados Unidos no hubiese sido realidad sin el precedente de su construcción a escala continental, tal experiencia puede y debe ser reiterada en Europa, acentuando en el Viejo Mundo el sentido de su continentalización. Ante ese argumento, aparentemente impresionante, de los Estados Unidos, hemos reaccionado haciendo notar que los norteamericanos no parecen haberse dado cuenta exacta de que no es lo mismo lograr la integración de un mundo sobre el cual proyectan su influencia cuatro siglos de historia, practicada a través del sistema diferenciador de los Estados nacionales, que el haberla

alcanzado, a caballo del *destino manifiesto*, sin obstáculos y sin la presencia del sistema del equilibrio político, carencia que proveía a Norteamérica de una perceptible libertad de acción. De ahí que no reprochemos a los norteamericanos esa reiterada invocación a la perentoria necesidad de lograr la integración de Europa, pero sí oponemos reparos a su impaciencia, que lo es e imperdonable, el exigir de Europa que cierre el timón a la banda y deje a sus espaldas, repentina y peligrosamente, cuatro siglos de Historia. De ahí que la versión norteamericana de la actual coyuntura europea no nos parezca aceptable. Esa es precisamente la objeción que hemos esgrimido frente a los adversarios de la llamada pequeña Europa, ya que si estiman inaceptable esa inclinación por considerarla peligrosa o prematura, mucho más lo será el pensar en la integración de Europa *per saltum*.

Mas tomemos al reproche de la *americanización* del Viejo Mundo. A tenor de los que condenan esa supuesta *cocacolonización* del Viejo Mundo, si Europa, a través de su propugnada integración, se embarca de hecho en el buque norteamericano, resultará que la impuesto su beligerancia la tesis dilemática y, en definitiva, el mundo europeo desempeñará el triste papel de su más o menos acentuada satelitización en beneficio de Norteamérica. Ello, se agrega, no sólo es condenable en sí mismo, sino que nos desautoriza para reprochar a Rusia la despiadada satelitización a que ha sometido a los Estados hoy incluidos en el área del "telón de acero". Los que así discurren no parecen darse cuenta de lo que hay de anemia dialéctica en su argumentación, debilidad argumental que, como el lector puede inducir de lo que a continuación exponemos, no es imposible evidenciar.

Europa no puede integrarse sin la participación de Alemania ni esta nación puede formar en la Europa articulada sin lograr su unidad. Es esta la tesis básica que proporcionó al doctor Adenauer su impresionante victoria electoral. Esa integración eliminaría problemas que se han interpuesto, desde 1870, en el camino de la unificación del mundo occidental. No sería el Rin el punto de mira de dos naciones cuya misión, desde hace setenta y tres años, parece reducirse a vigilarse mutuamente, con el desencadenamiento de tres guerras, qu originariamente reducidas a la acción discrepante de los mal llamados enemigos hereditarios en dos coyunturas, se transformaron en contiendas de alcance universal. Ello no hubiera sido realidad sin la preexistencia de la hostilidad francoalemana. Eliminada esa hostilidad, paralizante y atomizadora, nada se opondría a la puesta en práctica de una acción conjunta y constructiva. Es en vano que Francia intente buscar, en sedicentes pactos de garantía, su propia seguridad, que no fué alcanzada. Sólo una colaboración francoalemana, no de mera y pasiva avenencia, sino establecida para emprender más amplias finalidades, puede posibilitar la integración europea. Ahora bien; una Europa así articulada sería difícilmente viable, por cuanto precisa de un complemento para atender pluralmente a su pronosticable superproducción industrial y

su vaticinable plétora demográfica. Ese complemento sería el continente africano, lugar de la tierra predestinado para articular a Europa con posibilidades de estabilización. Esto quiere significar que el problema de la integración europea no puede desligarse, en modo alguno, del de su prolongación africana. Así realizada esa finalidad complementaria, Europa no se americanizaría; antes bien, encontraría su propio y auténtico camino, al final de cuya ruta llegaría a la certeza de la recuperación de su pluriscular protagonismo. Este incremento de potencia europeo no abarcaría todos los términos del problema, ya que fortaleza existe incuestionablemente en Norteamérica, pese a lo cual, por lo menos hasta la hora presente, los Estados Unidos no han acertado a construir normas directrices que los haga merecedores de ostentar un protagonismo en el orden internacional, superador de la circunstancia fáctica de que las alteraciones en el reparto del poder postbélico se han traducido en beneficio de los norteamericanos. Europa tiene en su haber cuatro siglos de experiencia histórica, que la proveen de un sentido del equilibrio y de la medida; y así conjuntados el poder material y la capacidad orientadora, Europa, la auténtica Europa, no sólo podía rescatar su protagonismo en el Viejo Mundo, sino erigirse en mentor de pueblos, como el norteamericano, al cual se le mostraría cómo hacer uso adecuado de su inmenso poder. De ahí una consecuencia: la integración de Europa, lejos de representar una enajenación en beneficio de los Estados Unidos, tendría todas las características de un auténtico rescate. Note el lector que nuestra versión del problema europeo no persigue la instauración de una tercera fuerza, sospechoso además reiteradamente esgrimido por los denominados neutralistas y auténticamente filosoviéticos. Nuestra ambición es más amplia. No se trataría de instaurar una tercera fuerza, como elemento puramente detergente del dilema Moscú-Washington, sino de instalar algo que supere esa antítesis, viviendo, no al margen de la misma, en un inverosímil terreno neutral, sino anteponiéndose a una realidad fáctica, que, en definitiva, es un producto circunstancial de la presente postguerra. Y como no será otra la finalidad perseguida por el doctor Adenauer, de ahí la atracción que sobre nuestro ánimo ejerce esa inclinación integradora del Viejo Mundo.

El doctor Adenauer, en el día siguiente al triunfo electoral alcanzado, se refirió al problema de la unidad alemana, alusión que necesariamente lo ponía en contacto con el problema de la Alemania oriental. El canciller encaró el problema con una discreción que representa un mentís para cuantos, especialmente desde Francia, consideraban que la inclusión de Alemania en la Comunidad Europea de Defensa implicaría la inquietante consecuencia de que el ingresado manipularía esa Comunidad como elemento de apoyo para sus reivindicaciones territoriales, con lo cual dicho irredentismo despojaría al citado Pacto de su condición de acuerdo eminentemente defensivo. Adenauer hizo constar que la Alemania federal no considera el problema de los alemanes del Este como una cuestión territo-

rial, administrativa y diplomática; antes bien, desdendiendo el aspecto material del problema, le asigna una significación de tipo espiritual, por cuanto alude, de modo específico, a derramar las bienandanzas de la libertad sobre esos 18 millones de alemanes, hoy sometidos al yugo soviético. Así, pues, lo que, según Adenauer, puede actuar como aglutinante de todos los alemanes, es un común anhelo de recobrar la libertad perdida y habiéndola alcanzado los alemanes del Oeste, nada debe oponerse al complemento de esa tarea.

Finalmente, Adenauer insistió en su proyecto de concluir un pacto de no agresión entre la Comunidad Europea de Defensa —una vez en función— y el bloque del mundo satelitizado. Con ello quieren ofrecerse a Rusia garantías de seguridad. Ahora bien, esa propuesta de Adenauer implica una consecuencia que no debe ser silenciada, ya que, de modo implícito, Adenauer, con su propuesta, parece aceptar la irremediabilidad de la satelitización realizada por Rusia a expensas de naciones limítrofes, contiguas o vecinas. Ello significa aquiescer a la política condenable de los hechos consumados, y tal asentimiento parece afectar a la solidez dialéctica de la tesis del canciller, al propio tiempo que representa algo así como una ducha de agua fría derramada sobre los pueblos sojuzgados por Rusia y que aspiran a su manumisión política. Mas no es así, ya que una vez en función la Comunidad Europea de Defensa funcionarán en Europa dos bloques: el occidental y el oriental; el primero, fruto de la unión voluntaria, basado en una colaboración consentida; el segundo, impuesto por un Estado nuclear omnipotente, producto de la coacción, impuesta de manera drástica. Las posibilidades biológicas de ambos bloques son sustancialmente diferentes, y a medida que se suceda el tiempo inevitablemente se comprobará cómo el bloque occidental, producto de la libertad, ejercerá una atracción irresistible sobre los Estados satelitizados, los cuales, en última instancia, serán incluidos en la órbita del mundo libre. Frente a ese desenlace pronosticado de nada valdrán la violencia ni la coacción, y en este sentido, tarde o temprano, la U. R. S. S. se dará clara cuenta de que tiene la batalla perdida y que su sistema de satelitización carece de posibilidades de perduración. Epílogo que, en definitiva, habrá que incluir en el haber del honesto europeísmo, encarnado en la persona de Conrad Adenauer.

CAMILO BARCIA TRELLES

San Paulo, septiembre de 1955.